

Escribe Carlos Esplá

Corresponsal de "Noticias Gráficas", en París

SIN NOVEDAD EN EL ELISEO Lebrun II Sucede a Lebrun I

A.P.C.E.
SIG.:

1.2d/970.

El cónclave de Versalles ha hecho un presidente nuevo de uno viejo que tenía. La ceremonia electoral es brillante, ordenada por un rito tradicional, en el majestuoso escenario de Versalles. Se trata de dar un sucesor por siete años al Rey-Sol. El acontecimiento reune en el histórico palacio a cuantos tienen en París un relieve, desde el embajador de los Estados Unidos hasta Maurice Chevalier, sin contar, natural-

mente, a diputados y senadores, que son los actores del espectáculo trascendental. Todos los personajes importantes — de Herriot a Colette, de André Maurois a Gaby Morlay — devoran en el "Trianon-Palace", heredero de los "Reservoirs", una santidad imponente de langosta fría y de foie-gras, después de lo cual empieza, solemnemente, la elección bajo la presidencia paternal del venerable Jeanneney.

Una de las tradiciones de la Asamblea de Versalles es burlar los pronósticos, hacer algo distinto o contrario de lo que se espera de ella. Quien entra Papa en el cónclave, sale cardenal. Así salieron chasquidos de la asamblea los franceses más ilustres: Waldeck-Rousseau, Clemenceau, Painlevé, Briand... Versalles rechaza las personalidades muy vigorosas, los temperamentos fuertes, la gran pasión que conduce a la gran aventura. Prefiere el hombre gris, el tono medio, la discreción, la utilidad, las virtudes humildes, que en la vida familiar consideran los franceses idóneas para un "matrimonio de razón". A los setenta años la República no está para locuras. El mecanismo constitucional del régimen se basa, además, en el temor al poder personal. Es un sistema de precaución y de recelo.

Por esta vez, Versalles no ha desmentido los augurios y, además, se ha dejado seducir por una renovación de poderes, que algunos, sin convicción, consideran escandalosa. Lebrun sucede a Lebrun. El hecho es, ciertamente, extraordinario. Hasta pocos días antes, nadie lo creía, aunque muchos lo deseaban. El propio presidente había confesado a un amigo político su repugnancia por la reelección. El amigo publicó en la prensa la severa confidencia del presidente. El texto constitucional permite, sin embargo, la reelección, pero eso que llaman "su espíritu", se opone. En la historia de la III República sólo ha habido una reelección — la de Grevy —, y la experiencia fue desdichada. El señor Lebrun estaba, pues, dispuesto a no sucederse a sí mismo. Pero la política francesa es tan complicada y tan sutil como la cocina francesa. Es algo muy hecho, muy ligado, que ha alcanzado un punto de caramelo indefinible. En pura teoría, el presidente de la República designa al presidente del Consejo, pero no es imposible que suceda, como ahora, lo contrario. El Senado, casi unánime, había solicitado del señor Lebrun que autorizara la presentación de su candidatura. Se trataba de realizar, con la maniobra de su nombre prestigioso, una imponente manifestación de unión nacional en estas vísperas de tormenta europea. La oferta era tentadora, sobre todo porque tocaba el resorte patriótico, al cual ningún francés es indiferente. El Senado, escrupuloso conservador de las más puras tradiciones del régimen, parece, también, dispuesto a violarlas cuando convenga. En ese caso, los diputados se convierten en vestales de esas mismas tradiciones. La Cámara popular no se sumó a la gestión senatorial. Entonces fue cuando el señor Daladier echó todo el peso de su autoridad personal en la balanza. Los móviles políticos eran claros: asegurar la continuidad de su política. La de Daladier, no la de Lebrun, aunque no sean diferentes. De este modo, la reelección corría el riesgo de no ser un acto de unanimidad nacional, sino una empresa política, de partidarios. El señor Lebrun ha sido reelegido por 506 votos, 127 menos de los que obtuvo hace siete años. El cónclave de Versalles termina, sin embargo, con una "sfumata" tricolor.

Contra la reelección del señor Lebrun se manifestaron los más colosos guardianes de la Constitución y otros que no lo son tanto; los que acusan al presidente de haber abierto las puertas del poder al Frente Popular y los que lo acusan de haberlas cerrado. En total, 400 votos. Pero este es el juego normal de la política parlamentaria francesa, en el que interesa tomar posiciones. En el fondo, a todos parecerá excelente la reelección del señor Lebrun, no por la reelección, sino por el reelegido. El "francés medio" piensa que el señor Lebrun es un buen presidente; es decir, un buen



CARLOS ESPLÁ,
nuestro corresponsal en París

CARLOS Esplá es uno de los primeros periodistas de nuestro idioma. Iniciada su carrera en la prensa republicana en Valencia, no tardó en trasladarse a París y destacarse allí entre los corresponsales extranjeros que informaban de la vida francesa a los periódicos del mundo.

Cuando se proclamó la República en España, Carlos Esplá formaba ya en el grupo de los periodistas de gran categoría internacional. Lo requirieron los republicanos y fué gobernador de Barcelona. Era uno de los puestos más difíciles. Carlos Esplá acertó a ejercerlo de forma que en Barcelona no se produjo el menor incidente que alterase el orden público. Cuando en mayo del 31 hubo desórdenes en casi toda España, el Gobierno temió que esos perturbaciones alcañasen el punto máximo en Barcelona, una de las ciudades más levantiscas del mundo. Pero en Barcelona no ocurrió absolutamente nada. Por esto, poco más tarde Carlos Esplá pasó a ser subsecretario de Gobernación. No quiso después ser ministro. Fué, en cambio, director de "Política", diario republicano que alcanzó rápidamente una gran autoridad en España.

Producida la rebelión, Carlos Esplá se mantuvo al lado de la República y la sirvió como subsecretario y como ministro de Propaganda. Ahora reanuda en París su profesión. Y lo hace en nuestras columnas. NOTICIAS GRAFICAS, al incorporar a Carlos Esplá al cuadro de sus colaboradores, incorpora a uno de los primeros periodistas de Europa.

"francés medio", lleno de virtudes familiares y patrióticas. Es lorenés como Poincaré, su padrino político. Balló con el número uno de su promoción de la Escuela Politécnica, que era en aquellos tiempos una escuela de republicanos. Su juventud es la de un estudiante aplicado; su biografía política la de una carrera metódica y ordenada, desde el consejo general de su departamento hasta la presidencia del Senado, antecelada de la de la República. No es una historia mediocre ni vulgar, sino un trozo recto, compacto, solemne, sin zigzags ni destellos.

Durante otros siete años el señor Lebrun va a ser el "prisionero del Eliseo", como se bautizó un ilustre antecesor, que no se resignaba al papel de príncipe consorte. ¡Príncipe consorte de Mariana! El título es delicioso, pero la imagen exagerada. Se dice de algunas monarquías democráticas que son repúblicas coronadas. Lo cierto es que el presidente de la República Francesa es lo que más se parece a un rey constitucional. El cargo está pensado para un rey; más concretamente, para un Orleans. Esperándolo, Thiers fué sólo "jefe del Poder Ejecutivo". El título de presidente de la República lo pescó por un voto de mayoría en la Constituyente del 71. No es una creación natural de la historia constitucional francesa, sino de la inglesa; producto de un sistema de desconfianza contra el poder del soberano. Al presidente de la República se le puede sacar en revistas y canciones, en caricaturas y sátiras, pero en ello el espíritu francés no ve falta de respeto. El presidente de la República es, por el contrario, un personaje respetado, incluso por sus detractores. Esta contradicción no la comprenderá un inglés de la calle, pero la comprende un francés de la calle. El presidente de la República tiene algunas facultades constitucionales más y algunas menos que su amigo el rey de Inglaterra. Lo que cambia es la base, el mecanismo político. Y cambia también la escenografía. El presidente de la República no puede vestirse, por ejemplo, de almirante o de mariscal, aunque teóricamente sea el jefe supremo de todas las fuerzas de mar y tierra... El único privilegio sorprendente del presidente de la República es éste: como sucesor de los reyes de Francia es, por derecho propio, canónigo de San Juan de Letrán y puede entrar a caballo y cubierto en la basílica romana. También es príncipe soberano, al alimón con el obispo de Seo de Urgel, de la República de Andorra. Basta para hacer feliz a una persona atraída por la originalidad.

Nuevamente el señor Lebrun va a oír miles de Marsellesas, a inaugurar monumentos y comicios agrícolas, a presidir ceremonias oficiales, a apadrinar hijos de familias numerosas, a dar innumerables abrazos en los desfiles... Pero no todo en su vida oficial es parada y representación. El sistema orleanista de la República, que acepta la diplomacia secreta, autoriza al presidente a negociar y firmar los tratados internacionales, que puede conservar secretos mientras lo considere necesario. Poder teórico en una democracia viva y despierta como la francesa, pero no menos real en estos momentos de temible inseguridad europea. La declaración de guerra — lleguemos hasta el fin de las previsiones catastróficas, aunque sean infundadas — es también una prerrogativa del presidente, pero con el asentimiento del Parlamento...

No ha logrado Francia, con la reelección del señor Lebrun, realizar la manifestación de unanimidad nacional que fué la aspiración del señor Daladier. Pero ha logrado algo excelente para el buen funcionamiento del régimen: que la reelección no haya sido una victoria para quienes la deseaban, ni una derrota para quienes se oponían a ella. De la Asamblea de Versalles nadie ha salido triunfador. La escasa votación obtenida por el señor Lebrun contenta a unos. Esa misma votación, aunque escasa, satisface a otros. La primera ventura de un jefe de Estado es, ciertamente, no haber tenido que triunfar de sus adversarios. Lebrun II seguirá en el Eliseo el mismo trazo recto, solemne, sin zigzags ni destellos de Lebrun I, presidente constitucional de una gran democracia.

CARLOS ESPLÁ